

DIA

DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN JUAN.

cap. 5. v. 1. 10.

Hermanos: Todo aquel que cree que Jesus es el Christo, es nacido de Dios. Y todo el que ama á aquel que le engendró ama tambien al que de él nació. En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á Dios, y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos: y los mandamientos de él no son pesados. Porque todo lo que nace de Dios, vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Este es Jesu-Christo, que vino por agua, y por sangre:

de la Santísima Trinidad. 255
no por agua tan solamente, sino por agua, y sangre. Y el Espíritu es el que dá testimonio, que Christo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una misma cosa. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios: pues este es el testimonio de Dios, que es el mayor, porque él ha testificado de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios.

INSTRUCCION.

Las palabras que acabais de oír, hermanos míos, son las mismas que os hemos explicado en el Domingo de Pascua. La Iglesia en este tiempo despues de administrar el Sacramento del Bautismo enseñaba á los nuevos Christianos de la manera que la Trinidad

Santa habia influido en su regeneracion espiritual; y por esta causa leia la Epistola de San Juan, donde este Apóstol instruye á los fieles en este admirable misterio. Ya que hoy esta tierna Madre ofrece á nuestra consideracion esta misma Epistola, voy á explicaros el dogma que nos enseña acerca de este misterio: vereis en pocas palabras quán temible es para todo aquel que quiera sondearlo con demasiada curiosidad; quán sensible para el Christiano humilde y dócil, y quán provechoso para todos los que mediten y guarden la divina palabra. Entre todas las disposiciones que se requieren para entender y adorar este misterio la mas útil y necesaria es la humildad; y por tanto pedid al Espíritu de Dios que me la conceda, así como yo la pido para vosotros.

Si el Profeta, hermanos míos, hablando de la generacion del Verbo, consideraba que no habia una lengua capaz de poderla referir, ¿no podré yo preguntar si hay un espíritu que pueda con su sabiduria penetrar la profundidad de este misterio, y subir hasta la eternidad misma para explicarnos como una naturaleza indi-

visible pueda presentar tres Personas realmente distintas; cómo pueda la inmensidad comunicarse sin alteracion y sin mezcla, y la eternidad producir y engendrar sin sucesion de tiempo; como el Padre, sin tener sobre el Hijo una superioridad de perfecciones y preeminencia, pueda comunicarle su naturaleza, sin perder nada de la integridad de su substancia; cómo el Hijo igual en todo á su Padre, sea con él el principio de un Espíritu, al qual comunica todos sus atributos, de manera que reconozcamos sin confusion una unidad de naturaleza, y una Trinidad de Personas sin dividir esta unidad? ¿Habrá quien nos diga como Dios tres veces Señor, tres veces Poderoso, tres veces Santo, no sea mas que un solo Señor, un solo Santo y un solo poderoso? ¿Cómo el Padre sea inmenso, el Hijo inmenso, el Espíritu Santo inmenso, y no sean tres inmensos?

¿Habrá un hombre capaz de subir hasta el origen de los tiempos para contarnos de la manera que el Padre lo ha creado todo por su sabiduria, como el Verbo lo ha animado todo por su Espíritu, y como el Espíritu ha im-

preso en el corazon del hombre la imágen incomprehensible de esta Trinidad, que es el objeto de nuestra fé? Todos estos secretos, hermanos míos, no son dados á la inteligencia y á la discusion de los hombres; y quien llevado de su temeridad se atreve á sondearlos, se ve oprimido baxo el peso de la gloria que rodea esta Magestad Suprema. ¿No es ella la que ciega y endurece á tantos pretendidos filósofos de que abunda con escándalo nuestro siglo; á tantos espíritus llamados fuertes, porque tienen la imprudencia de luchar contra Dios mismo; á tantos hombres á quien el mundo tiene por sabios, aunque no lo sean sino á sus propios ojos? Su demasiada curiosidad, hermanos míos, es la causa de la depravacion de su corazon y del desorden de su espíritu; y el atrevimiento de poner en duda todo lo que su razon no puede comprehender, produce su ceguedad á la luz de los testimonios mas evidentes. Estos infelices, dexándose llevar de sus discursos, respetan por verdades los mayores absurdos, y tienen por erroneo y supersticioso todo aquello que una fe simple y luminosa nos

propone sobre el dogma. No me tomaria, hermanos míos, el trabajo de daros á conocer estos hombres, si estuviese seguro de que su trato no es peligroso para vosotros, y si conocieseis como yo quan despreciables son las criaturas que citan al tribunal de su razon al Autor mismo de la vida, de quien esa razon tan decantada recibe todas sus luces. Lloremos su suerte, hermanos míos, y demos gracias á Dios y Padre de no estar contagiados de este veneno en un siglo donde se multiplican los incrédulos, y en el qual la vana y orgullosa filosofia levanta impunemente la cabeza. Armémonos con el escudo de aquella fé que nos somete á la creencia del misterio de este dia. Entónces les opondrémos, no los argumentos, sino un profundo silencio: no los obras mas puras; y podremos responderles con el Apóstol, que no hay mas que un Dios, aunque tres Personas den testimonio en el Cielo y en la tierra.

Testimonio glorioso á la Divinidad: testimonio saludable al hombre dócil: testimonio fuerte para el incrédulo y el impenitente. Por este testimonio uni-

forme engendra el Padre su Verbo, y el Verbo y el Padre espiran un solo Espíritu. Este testimonio participa de la unidad de la naturaleza, y de la Trinidad de las personas. Un solo Dios indivisible, inalterable en todas sus perfecciones, es quien le da este testimonio; y en este sentido no hay cosa que pueda debilitarlo, ni dividirlo ni romperlo. Tres personas iguales en esencia y en atributos se le dan mutuamente, y en este sentido es un triple testimonio: este testimonio es el que el Padre da á su Verbo, á su Sabiduría eterna quando le dice por la boca del Sabio: tú estabas conmigo desde el principio quando yo pesaba los fundamentos de la tierra: tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado, y los Angeles te adorarán como al Soberano Señor de todas las cosas: yo te daré por herencia todas las naciones de la tierra, y todos los Reyes estarán sujetos á tí como esclavos.

Este es el testimonio que el Verbo da á su Padre quando dice á sus discípulos que deben ser santos y perfectos como es perfecto y Santo el Padre que está en los Cielos: que el Padre y el Hijo son una misma cosa; pero que el

Padre, comparado con la humanidad que ha tomado el Verbo en las entrañas de una Virgen, es de una naturaleza infinitamente superior: que el Hijo considerándose así inferior al Padre, debe obrar segun su voluntad, y executar en todo sus designios, dando con esta obediencia un exemplo á todos los hombres.

Este mismo testimonio da el Verbo al Espíritu Santo, del qual es el principio juntamente con el Padre. El le anuncia como la luz y la verdad, como el origen de todos los consue- los, como el Príncipe de la salvacion y de la gracia, como el Espíritu que sopla como quiere y quando quiere.

De él debemos esperar, segun la promesa de este Verbo, la sabiduría para responder, la paciencia para sufrir, y la fuerza para resistir al poder de las tinieblas. Como este Espíritu es la fuente de toda verdad, que da testimonio al Padre y al Hijo; han transmitido por él los Apóstoles al universo entero esa doctrina sublime que hace hoy la materia de nuestras adoraciones y de nuestra confianza. Por este Espíritu vemos en el Padre todo el poder como en

su principio: en el Hijo la sabiduría como en su origen, y en el Espíritu Santo la caridad como en su centro: en fin, por él nos asegura el Apóstol que tres son los que dan testimonio en el Cielo.

He dicho que este era un testimonio Consolador para el Christiano dócil; y en efecto San Agustin reconoce en el hombre una expresión sensible de la Divinidad. San Pablo dice que somos una emanación del mismo Dios: la voluntad que manda, la inteligencia que concibe, el amor mutuo, por el qual la inteligencia sirve á la voluntad, y la voluntad á la inteligencia, nos dan ocasión de elevarnos hasta el misterio de la Trinidad Santa, cuya existencia nos parece no solamente posible, sino sensible, quando observamos las operaciones del alma. Por tanto podemos sin dificultad aplicar al hombre esta reflexión del Profeta: sois dioses, y los hijos del Altísimo. Sí, hermanos míos, sois hijos del Padre de las misericordias, de un Padre liberal, de un Padre tierno, que ama á los que son suyos con un amor tan constante y generoso, que mas pronto olvidará y abandonará una

madre el fruto de sus entrañas, que él olvide al que ha engendrado por Jesu-Christo, á quien alimenta con el pan de su palabra, y que destina á ser su heredero en su reyno: sois hijos de Dios, y por consecuencia coherederos del Hijo de Dios mismo, sus miembros, sus hermanos, sus amigos, sus discípulos: sois con él el objeto de las delicias del Altísimo, hijos de adopción en él, y también hijos de las promesas por él; pero al mismo tiempo sois sus hermanos, y os ama tan entrañablemente que se ha entregado á la muerte por vosotros, imprimiendo por sí mismo en vuestras almas el sello de la adopción. Jesu-Christo vivió y conversó con los hombres en la plenitud de los tiempos, para que conformando ellos sus acciones con su exemplo le gozasen en la eternidad. No contento con esto les comunicó su sabiduría, les reveló sus secretos. Para ellos instituyó los Sacramentos, y en recompensa de tantos beneficios, no exige otra cosa que un reconocimiento afectuoso, que una fé humilde, que una ciega confianza, y un amor recíproco: en fin, derramó y derrama todos los dias sobre los hom-

bres aquel Espíritu que comunicaba á los Patriarcas una pronta, humilde y perfecta docilidad á la voluntad de Dios, que inspiraba á los Profetas el conocimiento de lo futuro, que daba á los Mártires una fuerza superior á todos los tormentos, y que formaba en los penitentes un odio saludable de sí mismos, capaz de elevarlos sobre sus propios sentidos. Este Espíritu de adopción nos inspira la gracia y la confianza para poder llamar á Dios nuestro Padre. Este Espíritu se consagra en nuestros Templos vivos. Aquí ruega con gemidos y ofrece los sacrificios, inmolando nuestra voluntad, y reprimiendo nuestras pasiones: aquí habla el lenguaje de la piedad por medio de las santas inspiraciones que nos comunica, de manera que, según la expresión de un Santo, podemos decir que estamos llenos de la divinidad por medio de los diferentes testimonios que nos dan las tres Personas adorables. ¡Pero qué terrible es este triple testimonio para la incredulidad y la impenitencia! El poder del Padre ultrajado con los pecados del mundo: la sabiduría del Hijo desconocida por la orgullosa razón: la santidad del Es-

píritu Santo profanada con las pasiones vergonzosas de una criatura infiel, ¿no merecen la venganza mas pública? ¿Pensais que Dios calla, porque retirado allá en el secreto de su gloria parece que disimula los ultrages que recibe por parte de los impios? ¿Qué, su paz aparente, su prosperidad sensible, y los universales aplausos que reciben en recompensa de algunas falsas virtudes, serán motivo para desconocer el dedo de Dios que los castiga? No, hermanos míos: yo leo en los progresos increíbles que hacen, en la incredulidad, en los escándalos á donde les arrastra una razón desarreglada, en los sistemas absurdos que se forman, en los principios ruinosos que establecen, en las consecuencias insensatas que sacan, en los prosélitos que llevan tras de sí, en la seguridad que afectan, y que les acompaña hasta el sepulcro; yo leo, digo, la prueba de su reprobación, y el castigo de su impiedad: no han encontrado, dice el Sabio, el camino de la sabiduría, y así perecieron en su necedad y locura.

Este es, hermanos míos, el retrato de los incrédulos de nuestros días, mas

culpables aun que aquellos de quienes habla aquí el Sabio, porque no han buscado la sabiduría, ó por mejor decir, porque han cerrado los ojos, y no han querido verla ni recibirla, huyéndola siempre que se les presentaba. Su temeridad ha llegado al punto de blasfemar lo que ignoran, persuadidos de haber adquirido conocimientos que estaban escondidos hasta entónces: ellos degradan la Divinidad, suponiéndola insensible á la mayor parte de las acciones de sus criaturas, y la consideran injusta porque niega sus bienes á los buenos, porque rehusa los castigos para los malos, y sobre todo porque abandona al hombre á su ignorancia y á sus desconcertados deseos: ellos se han atrevido á contradecir los oráculos del Verbo, oponiendo á su Evangelio máximas tan contrarias al bien de la sociedad como á la misma religion: ellos han contrastado el espíritu que habitaba en su corazón, reduciendo al hombre á la condicion de las bestias, y asemejándole en sus sistemas á las plantas y á los animales. ¿Pero no han encontrado tambien en estos absurdos sistemas el oprobrio de su impiedad? ¿No anuncia la fé apaga-

da en su corazón, y quiza sin recurso, que el Padre Eterno les ha negado su sabiduría: que ha retirado su Espíritu: que ha separado su misericordia de corazones tan culpables? Ved pues el triple testimonio de reprobacion que produce este misterio en aquellos que le desconocen.

Hijos de la fé, no mireis esta triste pintura: levantad los ojos al Cielo en que este Dios tres veces Santo ha fixado el centro de su inmensidad. Recordad este vasto universo, en que el Verbo ha derramado las maravillas de la sabiduría: penetrad el interior de vuestro corazón donde el Espíritu Santificador ha establecido su morada; y decid con la Iglesia, no tanto con palabras, quanto con las obras: Santo, Santo, Santo es el Dios de los Exércitos: el Cielo y la tierra anuncien sus grandezas: gloria le sea dada ahora y siempre en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,
cap. 28. v. 18. 20.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra. Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizánolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo.

INSTRUCCION.

Hoy es el dia, hermanos míos, en que todos los Christianos deben adorar y temblar. Un misterio que es el fundamento de todos los demas misterios, y el principio de todos los dogmas de nuestra santa religion exíge una sumision pronta, ciega y racional, y este es

de la Santísima Trinidad. 269
el primer homenaje que Dios pide de un Christiano. Este misterio nos ofrece una sola naturaleza; pero tres Personas realmente distintas: una sola esencia, pero propiedades que no podemos confundir. Todo en este misterio se reduce á la unidad, pero tres Personas realmente distintas exigen nuestra profunda adoracion. El Espíritu se confunde y se anonada meditando este dogma; pero la fé encuentra en él su apoyo, su consuelo y su alegría.

Notad, hermanos míos, la circunstancia y el miramiento con que Jesu-Christo anuncia este dogma á sus Apóstoles. Esta es aquella verdad que no podian comprehender quando empezaron á seguirle, y cuya enseñanza diferia de dia en dia. Sin embargo les iba preparando poco á poco con ideas que no dexaban de dar alguna luz. Algunas veces les hablaba de su Padre, pero de un Padre que era una misma cosa con él: otras les anunciaba su Espíritu; pero un Espíritu que no debía manifestarse hasta que él subiese á los Cielos, y que solo debía confirmar los preceptos que les daba: otras les describía las diferentes operaciones de las tres

Personas; pero si estas nociones eran suficientes para ilustrar otros entendimientos mas dispuestos, y abrasar otros corazones ménos carnales, no hicieron en ellos impresion alguna. Hoy por tanto les habla de la manera mas clara y positiva, y les hace entender que toda su mision se funda sobre la fé de este misterio. Apliquémonos, hermanos míos, á meditar las palabras de Jesu-Christo para conocer su importancia y sacar el aprovechamiento que contienen.

Hoy va el Salvador, hermanos míos, á emplear á sus Apóstoles en una grande empresa, y se necesitan motivos poderosos para determinarlos, porque no se trata nada ménos que de la conquista del mundo entero. ¿Acaso para ella será preciso sujetar y esclavizar los pueblos, apoderarse de sus fortunas y de sus bienes, disponer de su vida, hacerlos tributarios, y emplear la fuerza de los exércitos, para someter y encadenar las cabezas soberbias y orgullosas de la tierra? La rapidez de las conquistas de un solo Príncipe que habia suscitado el Señor en los dias de su ira contra las naciones infieles y culpa-

bles habia estremecido el mundo en otras ocasiones; pero ahora se trata de un triunfo de otra naturaleza que no será la obra de la mano de los hombres: se trata de someter los espíritus á la fé de un misterio, cuyo solo nombre confunde la razon: se trata de imponer silencio á todas las ideas que la filosofia ó la ignorancia pudieran oponer á todos los dogmas de la religion, los quales se fundan sobre el misterio de la Trinidad. Para emprender esta victoria se necesita una autoridad incontrastable, y una profunda sabiduría para conseguirla. Se me ha dado, decia Jesu-Christo, toda potestad en el cielo y en la tierra. Todas las cosas criadas han sido hechas por mí, y sin mí nada se ha hecho. Yo existia desde la eternidad misma, y habitaba en Dios como en mi principio: despues que crié la tierra, formé el corazón del hombre, y su alma es una imagen sensible de mi divinidad: yo veo en él la expresion de la grandeza de mi Padre, de la sabiduría que á mí se atribuye, y del amor que nos une: yo no veo en el hombre sino la obra de mis manos, aunque por tanto tiempo desfigurada por

el pecado : revestido de todas las miserias de la naturaleza humana , no me he despojado sin embargo de los derechos que tengo sobre el hombre : he venido al mundo con toda esta autoridad , y en virtud de ella os transfiero todos mis derechos : id pues , enseñad á todas las gentes. Yo me habia escogido en el mundo un pueblo que debia corresponder con mas fidelidad á mi ternera , y que podia servir de modelo á todas las gentes ; pero no he perdido de vista á tantas naciones que vivian á la sombra de la muerte. Si hasta aquí solo he cuidado de recoger las ovejas perdidas de la casa de Israel , y si todos mis afanes han sido reunir los restos de la heredad de Jacob : vuestra ocupacion en adelante será el reunir tambien á ella todos los demas pueblos que no me conocen. Id pues , y enseñadlos mi nombre , publicad mi doctrina , dirigidlos á que sigan mis exemplos : ved los límites del universo , y considerad que el término de vuestros trabajos no llegará hasta que se hayan extendido vuestras conquistas desde el uno al otro Polo.

¿Podremos oír , hermanos míos , este oráculo de la boca de Jesu-Christo

to , sin reconocer humildemente tantos y tan singulares beneficios como nos ha dispensado? Acordémonos que esta tierra que habitamos hace pocos siglos que estaba toda cubierta de las tinieblas de la idolatría : nosotros mismos , si hubiéramos vivido en esta desgraciada época , estaríamos envueltos en los anatemas que han sufrido nuestros padres , y privados como ellos de ver aquel dia por el qual suspiraron los Profetas y tantas gentes del antiguo Testamento. Aquel Señor que hace lucir su misericordia donde y como quiere , hubiera podido diferirnos ó transmitir á otros pueblos la gracia que nos ha hecho de incorporarnos á su reino. Es verdad que no hay en la tierra quien por sus propios méritos sea digno de su atencion ; pero hubiera podido conceder su gracia á gentes mas reconocidas que nosotros , y mas dóciles á su ley. Tengamos presente que si estas palabras : id , y enseñad á todas las naciones , son en algún modo la señal de nuestra resurreccion , serán tambien un dia motivo para echarnos en cara nuestra ingratitud , despues de habernos hecho la gracia de la adopcion.

Los Apóstoles comprendieron en estas primeras palabras la extensión de su ministerio; pero era preciso también que comprendiesen su objeto, que era la enseñanza y la conversión de los pecadores: era preciso hacerlos depositarios de esa gracia, sin la cual subsiste el hombre viejo con toda su fealdad: era preciso aplicar esa gracia insensible, cuyo efecto solo es conocido del Dios que la concede, á alguna señal sensible que designase su operación en los corazones. Jesu-Christo comunica al agua derramada sobre nuestras cabezas en el nombre de la Santa Trinidad la virtud de purificar nuestras almas de todos los pecados: aquí deben perecer todas las impurezas, y todos los defectos de que estábamos poseídos: aquí deben sepultarse, según la expresión del Apóstol, todos los despojos del hombre viejo. He aquí la primera función de vuestro ministerio, dice Jesu-Christo: bautizad todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Por este bautismo, hermanos míos, hemos dado los primeros pasos hácia la vida eterna: esta es la época de todas

las misericordias de Dios sobre nosotros. El día pues que hemos sido admitidos á la participación de este Sacramento, debe ser el más memorable de toda nuestra vida: debemos á este día el respeto, el amor, y el conocimiento más profundo; pero también debemos llenarnos de amargura al considerar nuestros pecados, nuestra infidelidad, y lo mal que hemos correspondido al singular beneficio que nos ha dispensado el Señor por su misericordia.

No consideremos solamente, hermanos míos, el mudo elemento que Jesu-Christo ha designado para la administración de este Sacramento: escuchemos con un santo temor las palabras que comunican toda su eficacia á esta señal sensible. Bautizad, dice Jesu-Christo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, invocad este santo y terrible nombre, que no se tomará jamás en vano, porque será para los Christianos como el grito de la victoria, y la señal de la derrota de Satanás. Aquel sobre quien se haga esta invocación será partícipe de todo quanto en esta Santa Trinidad hay de grande y de inefable. Reves-

tido del poder del Padre podrá mandar á todas esas pasiones tumultuosas que se levantan en el interior del corazon, y serán destruidas. Rodeado de la sabiduría del Hijo podrá conseguir la fé de los misterios, cuya obscuridad inquietaba y confundia su razon; y penetrado de la uncion del Espíritu Santo, encontrará suavidad y dulzura en la práctica de una ley que no es un yugo sino para los que la desprecian.

Estos son, hermanos míos, los efectos maravillosos del bautismo; pero si nos ha de servir de regla la vida de la mayor parte de los Christianos, no podremos preguntar, ¿en dónde está el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la uncion del Espíritu Santo en esos hombres que se rinden á la menor pasion que les asalta; que se dexan cegar y seducir con mil preocupaciones groseras y vergonzosas, y que manifiestan la mayor repugnancia y disgusto á todo lo que es del servicio del Dios de las misericordias? ¿Será posible que el nombre adorable de las tres Personas haya sido invocados para ellos, y que hayan sido hechos partícipes de la divinidad? Sí, hermanos míos, el carácter que lle-

van consigo, indeleble á pesar de todos sus pecados, deponen en favor de esta verdad. Ellos llevarán eternamente impresa la señal de la divinidad que deshonran con una vida tan agena de su vocacion, y su suerte será mucho mas terrible que la de esos pueblos infieles que por su desgracia no han oido todavía el adorable nombre de Dios.

Pero vosotros, hermanos míos, que debéis mirar como el primero y mas honroso de vuestros títulos el de pertenecer á vuestro Dios con vínculos tan estrechos, no degeneréis de la nobleza de vuestro origen, volviendo á sumergiros en el oprobrio de vuestra primera condicion. Hasta aquí habeis sido tinieblas, y vuestras obras viviendo en el pecado han sido de las tinieblas. Habeis tenido un tiempo en que erais los hijos de la ira, pero tened entendido que Dios levantará su brazo contra todo el que se atreva á cometer el crimen. Antes de vuestra vocacion no teniais distincion ni asiento alguno en el pueblo del Señor; y como dice un Profeta, no teniais derecho á su misericordia, porque estabais muy distantes de su amor. Sin embargo, aun-

que se han pasado ya estos tiempos, han sucedido otros mas terribles todavía, y son aquellos de que habla el Apóstol quando llora la desgracia de los que despues de haber gustado los dones de Dios, vuelven á entrar de nuevo en el camino de la perdicion y de la muerte. ¡Qué dignos son, hermanos míos, de lástima aquellos que se dexan arrastrar de sus pasiones! ¡O, si conociesen el peligro de su estado! Yo quisiera que esas almas inocentes y puras, á quienes el demonio no ha esclavizado todavía, conociesen el valor del depósito que les ha sido confiado en el bautismo. Por esto Jesu-Christo no solo previene á sus discípulos que administren este Sacramento, sino que les manda enseñar por toda la tierra los dogmas, los misterios, y los preceptos de la religion.

Esta leccion que da el Salvador á los primeros Sacerdotes de la nueva ley, es importantísima para los que hemos sido llamados por sucesores suyos. Si el ministerio sagrado solo consistiese en conferir los Sacramentos, esos manantiales inefables de gracias, donde un elemento visible obra de un modo invis-

ble en virtud de la palabra, sin que dependa en manera alguna de la ciencia del Ministro que la pronuncia, no serian necesarias otras disposiciones para el desempeño de funciones tan terribles, que una pureza inviolable de costumbres, un zelo ardiente por la salud de las almas, y un amor puro y desinteresado por la religion; pero la obligacion estrecha de instruir á los pueblos, las amenazas que el Señor ha promulgado contra los perros mudos, la cuenta que ha de pedir al Profeta que no haya trabajado para sacar á Israel de sus errores y pecados, todo esto debe hacer temblar á los Ministros que se atreven á penetrar en el Santuario sin las luces y la instruccion competente. Estas amenazas y anatemas deben consternar á los jóvenes que se dedican á la penosa carrera del Sacerdocio, tal vez movidos por el interes de las rentas eclesiásticas, ó por fines particulares de conveniencia, quando carecen aun de los primeros elementos de la religion. Las disputas y los cismas que de tiempo en tiempo agitan á la Iglesia, son llagas todavía ménos sensibles que la ignorancia de sus Ministros, y entre tan-

to que al parecer, goza de la paz, se ve interiormente sumergida en la mas profunda amargura por las continuas y escandalosas faltas de los Sacerdotes sin luces y sin estudios. La carrera del Sacerdocio, hermanos mios, es muy santa y muy estrecha. Si los Christianos en general, para corresponder á su vocacion, necesitan imitar en todo, y por todo á Jesu-Christo: si su vida ha de ser austera y penitente: si deben privarse en ocasiones aun de las cosas lícitas, si ellas acaso vienen á ser materia de escándalo: si á todos segun su capacidad se les pide el estudio de la religion, quáles deberán ser las costumbres, cuál la perfeccion del Sacerdote, establecido en la Iglesia para Maestro y para guia de los fieles? No solo es responsable á sus pecados, sino que cargan sobre sus hombros los de todo su pueblo. ¡Ay de aquellos por quienes venga el escándalo! Pero no se requiere únicamente la santidad, se pide tambien la sabiduría, porque ellos son la luz que ha de disipar las tinieblas del mundo, y han de ser responsables en el tribunal supremo de la ignorancia de los Christianos. Sed en adelante, her-

manos mios, mas circunspectos para dirigir á vuestros hijos por este estado. Si no tienen la pureza y la instruccion que se pide en un maestro, alejadlos de él, y no queráis imitar á tantos otros que hacen consistir el honor de su casa en tener un Sacerdote en ella, aunque carezca de las circunstancias y dotes sacerdotales. Me lleno de amargura, hermanos mios, quando considero que se ha hecho un tráfico del oficio tremendo del Sacerdocio. Aquí tiene su origen esa multitud de Sacerdotes indignos que abrigan la Iglesia en su mismo seno, y que si por desgracia viniesen los tiempos de calamidad y de persecucion, abandonarían al instante su estado. De aquí proviene esa relaxacion, esa avaricia, esa ambicion, ese afan por los ascensos baxo pretextos aparentemente útiles y santos; esas pretensiones escandalosas, para las quales no se excusan las intrigas, los medios mas ilícitos, y los sobornos mas execrables: de aquí en fin nacen los pecados, y la perdicion del género humano.

Pero no penseis que la obligacion de la santidad y de la instruccion es peculiar á los Sacerdotes, ni que Jesu-

Christo quiso instruir solamente á sus Apóstoles. Ya os he dicho en otra ocasión que son recíprocas sus obligaciones y las vuestras: que el cargo de hablar y de enseñar que se les impone corresponde al que teneis de oír con humilde atencion; y que la palabra de Dios, que por desgracia no fructifica, produce contra los que la desprecian ó abandonan un testimonio que les ha de traer la condenacion eterna.

Nada pues tenían los Apóstoles que desear ni en quanto á los fundamentos, ni en quanto á la extension, ni en quanto á la autoridad de su mision. Jesu-Christo les habia hecho depositarios y dispensadores de sus gracias; ¿pero quién podia darles un seguro de los buenos efectos que habian de producir? ¿quién podia responderles de que serian escuchados en todas las partes donde predicasen en su nombre? Ya habian oido á su Maestro que los trabajadores de la viña habian atentado contra la vida del Hijo del Padre de familias. El pueblo Judío desconocia á su Libertador y su Mesías, y no tardaria mucho tiempo en consumir su ingratitude con el deicidio mas vergonzoso

so y criminal. ¿Pues cómo seria posible que unos pueblos extraños, á cuya noticia jamas habia llegado el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y para quienes el misterio de la Cruz era una materia de escándalo, pudiesen sujetarse al yugo del Evangelio? ¿Quién tendria valor para introducir las prácticas severas de la ley de gracia en unos hombres entregados del todo al culto de sus ídolos? Jesu-Christo, hermanos míos, no espera que sus Apóstoles le manifiesten sus temores: mirad que yo estoy con vosotros, les dice, todos los días hasta la consumacion del siglo. Esta sola promesa quita todas las dificultades, disipa las inquietudes, y les acuerda lo que el Salvador les habia dicho en otras ocasiones. No temais á los que no mandan sino sobre los cuerpos, ni estudiéis las palabras que habeis de responder á los Príncipes y los poderosos del mundo. En efecto, considerando las conquistas rápidas de los Apóstoles, su intrepidez y su valor á la vista de las amenazas, y de los tormentos, no podemos dudar que todo era obra de la poderosa asistencia de Jesu-Christo.

¿Pero es posible que este Divino Salvador ha de estar hasta la consumacion del siglo con aquellos á quienes ha escogido por dispensadores y propagadores de su doctrina? Sí, hermanos míos, esta es la causa de que nuestro ministerio sea tan temible. La presencia habitual de Jesu-Christo impone á sus Ministros la obligacion de no hablar ni obrar sino conforme á las reglas estrechas del Evangelio, y de no deshonrar con una vida enteramente mundana, ó con los débiles recursos de una profana eloqüencia, un ministerio que ha instituido el mismo Jesu-Christo para la salud de los hombres. Esta divina presencia enseñará á todos los Christianos la docilidad que deben prestar á los Ministros del altar, y les hará entender que Dios tomará á su cargo la venganza de los ultrages y desprecios que reciban de su parte. Sin embargo cuántos consuelos para los Ministros y para los fieles encierran dentro de sí estas palabras, estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo. Confieso, hermanos míos, que los disgustos y fatigas de nuestro estado nos serian insorportables si este

pensamiento no reanimase de tiempo en tiempo nuestro valor. Nosotros exercemos las funciones santas del Sacerdicio en virtud de una orden expresa de Jesu-Christo, en su nombre, y con su asistencia, y por tanto debemos referir siempre á él nuestros sucesos sin vanagloriarnos quando son manifiestos, ni abatirnos quando son insensibles.

Vosotros, hermanos míos, tened tambien entendido que Jesu-Christo estará en vuestra compañía hasta la consumacion del siglo, y que no hay un lugar por distante y oculto que sea donde no se halle. No hablo de esa presencia esencial á la Divinidad, la qual con su inmensidad lo llena todo, y sé muy bien que, como dice el Apóstol, nosotros somos, vivimos, y obramos en Dios y por Dios. Hablo de la presencia sensible de Jesu-Christo, el qual se halla en todas partes. En los Sacramentos como origen y manantial de la gracia, y como remedio para los pecados del mundo: en el Templo como protector del que con humildad le ruega: en el altar como alimento del justo que le recibe: en los sagrados tribunales como médico del enfermo que

llora, y siente sus dolencias: en nuestros pulpitos como doctor del Christiano que busca la verdad: en los justos, como modelo, y en los pecadores como vengador del crimen. Por tanto el mayor consuelo del Christiano que sabe estudiar y buscar á Jesu-Christo, es la certidumbre de encontrarle siempre, en todo lugar, y en qualquiera situacion.

La presencia habitual de Jesu-Christo es una de aquellas verdades mas conocidas en la moral, bien se la considere en los recursos que nos ofrece, ó en las obligaciones que nos impone; y así, hermanos míos, nunca se aparte de vuestro pensamiento; pero sabed que la promesa formal de asistir en todo tiempo á los que le invocan y esperan, está unida estrechamente con la obligacion de no perder jamas á Jesu-Christo de vista, de no obrar sino conforme á su ley, de recurrir á él en todos nuestros trabajos y aflicciones, y de referirle como á principio y fin de todas las cosas (las acciones, los pensamientos y los deseos. Hermanos míos, del abandono, y del desprecio de esta práctica nace ese diluvio de des-

de la Santísima Trinidad. 287
órdenes y de abusos que inunda el Christianismo.

Señor Jesus, postrados á vuestros pies creemos y confesamos que estais presente en todas partes, y que sin vuestra asistencia continua volveria el hombre á la nada de donde le habeis sacado, y el Christiano caeria en las tinieblas de que le ha librado vuestra gracia. Haced, Dios mio, que esta verdad fructifique en nosotros, y que la adoracion y los homenajes que os debemos, la desconfianza y el temor que exige nuestra propia flaqueza, y la confianza y el amor que solicitan vuestros beneficios sean sus frutos permanentes, á fin de que vivamos en la tierra en una continua meditacion de vuestra divina presencia, y merezcamos gozarla en el Cielo por toda una eternidad. Así sea.